

MÁRGENES DE LA PSIQUIATRÍA

Márgenes, espacios que están en los cabos de alguna cosa.

Universal Vocabulario, 1490

Aviso para las viudas

San Pablo instruye todos los prelados en la persona de su Timoteo, diciendo: «Honra las viudas que son verdaderamente viudas». Para ser, pues, verdaderamente viuda, son necesarias estas cosas:

1. Que la viuda no sólo sea viuda de cuerpo sino de corazón. Esto es, que ha de vivir con una resolución inviolable de conservarse en el estado de una casta viudez; porque las viudas que no lo son sino mientras esperan la ocasión de tornarse a casar, no están separadas de los hombres sino según el deleite del cuerpo; pero están juntas con ellos según la voluntad del corazón. Que si la verdadera viuda, para conservarse en el estado de viudez, quiere ofrecer a Dios en voto su cuerpo y su castidad, juntará sin duda un gran atavío a su viudez, y pondrá en gran seguridad su resolución; porque viendo que después del voto no está más en su mano el dejar la castidad sin dejar el paraíso, vivirá tan celosa de su promesa, que no dará lugar ni un solo momento en su corazón a los más simples pensamientos de casamiento; porque el voto sagrado pondrá una fuerte barrera entre su alma y toda suerte de trazas contrarias a su resolución. San Agustín aconseja extremadamente este voto a la viuda cristiana; y el antiguo y docto Orígenes pasa aún más adelante, porque aconseja a las mujeres casadas hagan voto y se destinen a la castidad viudal (en caso que sus maridos viniesen a morir antes que ellas), para que entre los placeres sensuales que podrían tener en su matrimonio, puedan no obstante, gozar del merecimiento de una casta viudez por medio desta anticipada promesa. El voto hace las obras hechas en su seguimiento más agradables a Dios, fortifica el ánimo para el hacerlas y no sólo da a Dios las obras (que son como los frutos de nuestra buena voluntad), pero le dedica aún la voluntad misma, que es como el árbol de nuestras acciones. Por la simple castidad prestamos nuestro cuerpo a Dios, no dejando por eso de quedarnos la libertad de entregarle otra vez a los placeres sensuales; mas por el voto de castidad le hacemos un don absoluto e irrevocable dél, sin que nos reservemos ningún poder de desdecirnos, haciéndonos por este medio dichosamente esclavos de aquel cuya servidumbre es mejor que el mayor reino. Así como apruebo infinito los avisos destes dos grandes varones, así desearía también que las almas que fueren tan dichosas que quieran seguirlos, sea prudente, santa y sólidamente, habiendo examinado sus fuerzas, invocado la inspiración celeste y tomando el consejo de algún sabio y devoto maestro; porque desta suerte todo se hará más fructuosamente.

2. Fuera desto, es necesario que esta renunciación de segundas bodas se haga pura y simplemente, para que con más pureza pueda poner toda su afición en Dios y juntar por todas partes su corazón con el de su divina Majestad; porque si

el deseo de dejar los hijos ricos, o alguna otra suerte de pretensión mundana, hace quedar la viuda en viudez, seguirásele (podrá ser) alabanza, pero no delante de Dios; porque delante de Dios nada puede tener verdadera alabanza sino lo que se hace por Dios.

3. Es menester aún más: que la viuda, para ser verdadera viuda, esté separada y voluntariamente destituida de los contentos profanos. «La viuda que vive en placeres (dice San Pablo) está muerta en vida». Querer ser viuda y gustar, no obstante esto, de que la enamoren y acaricien; querer hallarse en los bailes, danzas y festines; querer andar perfumada, afeitada y muy compuesta; esto es ser una viuda viva cuanto al cuerpo, pero muerta cuanto al alma. ¿Qué importa (dime por tu vida) que la insignia de la casa de Adonis y del amor profano esté hecha de garzotas blancas puestas a manera de penacho, o de un velillo negro extendido a manera de redes, y alrededor de la cara, si las más veces lo negro se pone con más vanidad sobre el blanco para mejor relevar la color? La viuda, como ha hecho prueba de modo con que las mujeres puedan agradar a los hombres, sabe ponerlos en sus almas cebos más peligrosos. La viuda, pues, que vive en estos locos placeres, en vida está muerta; y no es, hablando con propiedad, sino un ídolo de viudez.

«El tiempo de cortar ha venido; la voz de la tórtola ha sido oída en nuestra tierra», dice el *Cántico*. El cortar las superfluidades mundanas es necesario a cualquiera que quiere vivir piadosamente, y principalmente a la verdadera viuda; la cual, como una casta tórtola, acaba de llorar, gemir y lamentar la pérdida de su marido. Cuando Noemí volvió de Moab a Belén, las mujeres de la villa, que la habían conocido al principio de su casamiento, decían unas a otras: «¿No es esta Noemí?». A que respondió ella: «No me llaméis Noemí, os ruego (porque Noemí quiere decir graciosa y hermosa); llamadme antes Mara; porque el Señor ha henchido mi alma de amargura»; lo cual decía por cuanto su marido era muerto. Así que la viuda devota no quiere jamás ser llamada ni estimada ni por hermosa ni graciosa; antes se contenta con ser lo que Dios quiere que sea; esto es, humilde y mortificada a sus ojos.

Las lámparas que tienen el olio aromático despiden de sí un más suave olor cuando las apagan a la luz. Así las viudas, cuyo amor ha sido puro en su casamiento, derraman un precioso y aromático olor de virtud de castidad cuando su luz, esto es, su marido, es apagada por la muerte. Amar al marido mientras vive, cosa es no dificultosa entre las mujeres; mas amarle aún después de su muerte, no puede desearse más; grado es de amor que sólo pertenece a las verdaderas viudas. Esperar en Dios mientras el marido sirve de apoyo no es cosa tan rara; mas esperar en Dios quedando sin tal arrimo, cosa es digna de gran alabanza. Por esto, pues, se conoce más fácilmente en la viudez la perfección de las virtudes que se ha tenido en el casamiento.

La viuda queda con hijos que tienen necesidad de su enseñanza y su guía, y

MÁRGENES DE LA PSIQUIATRÍA

principalmente en lo que mira al alma y establecimiento de su vida, no puede ni debe abandonarlos; porque el apóstol San Pablo dice claramente que son obligados a este cuidado, porque así paguen el mismo que sus padres y madres tuvieron; y también porque, si alguno no tiene cuenta de los suyos, y principalmente de aquellos de su familia, es peor que infiel. Mas si los hijos se hallan en estado que no tengan necesidad de la educación de sus madres, entonces la viuda debe poner toda su afición y pensamiento en aplicarlos más puramente a su adelantamiento en el amor de Dios.

Si alguna fuerza forzosa no obliga la conciencia de la verdadera viuda a los embarazos exteriores, como son los pleitos, yo la aconsejo se aparte dellos de todo punto y siga el método en el conducir sus negocios que sea más sosegado y modesto, aunque parezca no ser el más fructuoso: porque sería necesario que los provechos de semejantes diferencias fuesen muy grandes para ser comparados con el bien de una santa tranquilidad; dejando aparte que los pleitos y otras tales marañas disipan el corazón y abren muchas veces la puerta a los enemigos de la castidad, mientras que, por agradar a aquellos de cuyo favor tienen necesidad, usan de acciones y ademanes indevotos y desagradables a Dios.

La oración sea el continuo ejercicio de la viuda; porque, como no debe tener más amor sino para con su Dios, así también no debe tener casi más palabras sino para con su Dios. Y como el hierro, que impedido de seguir la atracción del imán por causa de la presencia del diamante, se arroja al mismo imán luego que el diamante se aparta, así el corazón de la viuda, que buenamente no podía del todo arrojarse a su Dios ni seguir los atraimientos de su divino amor durante la vida de su marido, debe luego después de su muerte correr con ardor y diligencia al olor de los perfumes celestes, diciendo, como a imitación de la sagrada Esposa¹²: «¡Oh Señor! Ahora, que soy todavía mía, recibidme toda por vuestra; llegadme cerca de vos; corremos, Señor, al olor de vuestros ungüentos».

El ejercicio de las virtudes propias a la santa viuda son la perfecta modestia, la renunciación de las honras, de los puestos, de las juntas, de los títulos y de tales suertes de vanidades; al servicio de los pobres y enfermos, la consolación de los afligidos, la introducción de las doncellas a la vida devota, el hacerse un verdadero ejemplo de todas las virtudes para con las mozas casadas. La limpieza y simplicidad son los dos atavíos de sus vestidos; la humildad y la caridad, los dos atavíos de sus acciones; la honestidad y mansedumbre, el atavío de sus ojos, y Jesucristo crucificado el único amor de su corazón.

En fin, la verdadera viuda en la Iglesia es una pequeña violeta de marzo, que despide una sin igual suavidad con el olor de su devoción, guardándose casi siempre escondida debajo las anchas hojas de su mismo menosprecio, y por su color menos viva verifica la mortificación; procura siempre hallarse en los lugares quietos y solos, por no ser combatida de la conversación de los mundanos y conservar

mejor la frescura de su corazón contra todos los ardores que el deseo de los bienes, de las honras, y asimismo de los amores, la podrían acarrear. «Será la tal bienaventurada (dice el Apóstol¹³) si persevera desta suerte».

Podría decir otras muchas cosas cerca deste sujeto; mas habrélo dicho todo cuando habré dicho que la viuda, celosa de la honra de su estado, lea con atención las doctas epístolas que el gran San Jerónimo escribe a Furia y a Salvia; y a todas aquellas otras damas que fueron tan dichosas, que merecieron el ser hijas espirituales de un tan grande padre; porque no se puede añadir cosa a lo que él dice, sino este advertimiento. Que la verdadera viuda no debe jamás ni menospreciar ni censurar a las que pasan a segundas, o asimismo a terceras ni cuartas bodas, porque en ciertos casos Dios lo dispone así para mayor gloria suya; y deben tener siempre delante los ojos esta doctrina de los antiguos: que ni la viudez ni la virginidad tienen puesto en el cielo, sino aquel que les es señalado por la humildad.

Francisco de SALES

* San Francisco de Sales fue un ejemplo arquetípico del obispo surgido del espíritu *renovador* del concilio de Trento. Destinado en tierra protestante, en la diócesis de Ginebra, en cuya catedral nunca llegó a pisar, vivió *exiliado* en la pequeña localidad de Annecy, desde donde ejerció su apostolado. Este teólogo vital y nada especulativo, hombre de acción y escritor de altísimo estilo, es el fundador de la Orden de la Visitación de Santa María de las Salesas, que precisamente cumple en 1999 los 250 años de su llegada a España y de la fundación de su primer monasterio en Madrid.

Al célebre *Tratado del amor a Dios*, que le valió el Doctorado Universal en 1877, hay que añadir entre sus obras más conocidas la *Introducción a la vida devota*, escrita unos años antes y publicada por primera vez hacia 1608. «Aviso para las viudas» es el capítulo XXXIX de la tercera parte del mismo. Editado innumerables veces, este libro de éxito fue traducido al castellano nada menos que por Don Francisco de Quevedo Villegas.

«Aviso para las viudas» es una ilustración insuperable del espíritu católico del pasado, y conviene preguntarse si su lección sobre la conducta de una verdadera viuda no conserva alguna actualidad para entender también nuestro presente. El cuidadoso celo que el autor pone en controlar la sexualidad de las viudas, a las que solicita un voto sagrado de castidad, una segunda boda con Dios e incluso la renuncia a pleitos y posesiones, resulta conmovedor y es de suponer que estimulante para los interesados en el estudio histórico y a la vez irónico-crítico, forma segunda del conocimiento.